

# La identidad perdida

*en la arquitectura doméstica*

Juan David Chávez Giraldo

(Colombia, 1966-v.)

Arquitecto. Magíster en Historia del Arte y Doctor en Artes de la Universidad de Antioquia. Diseñador en su estudio particular. Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia y Asociado de la Universidad Pontificia Bolivariana. Autor de varios libros, capítulos de libros y artículos. Acreedor de varios premios y menciones y ganador de algunos concursos de arquitectura.



## Resumen

**E**sta reflexión revive un tema que ha sido motivo de debate teórico en los campos de la arquitectura desde los años ochenta del siglo pasado hasta la actualidad y que tiene detractores y defensores que abogan, o bien por una arquitectura global de condiciones homogéneas, o por una que incorpore los valores locales en los edificios. Tal noción de vínculo entre los productos arquitectónicos y el lugar donde surgen se analiza en este texto como un diálogo conducente a producir sentimientos y sensaciones de identificación cultural que permiten, o no, la construcción de identidad arquitectónica. El aporte particular radica en la aplicación y el análisis de las ideas sobre los soportes espaciales para la intimidad doméstica.

## Palabras clave

Arquitectura, identidad, vivienda

No es ningún secreto que la arquitectura juega un papel fundamental en la expresión cultural de los grupos humanos organizados sobre un territorio geográfico, bien sea que constituyan, o no, unidades políticas como un país, un estado, un departamento, una región o una etnia. En este sentido, puede afirmarse que la identidad cultural está arraigada en la tradición arquitectónica heredada a través de la historia por medio de volúmenes, formas, materiales, colores, texturas, estilos, sistemas de soporte, técnicas constructivas, componentes espaciales y tipos en general, que contienen la esencia de sus numerosas versiones y las cualidades comunes de la colección, sin impedir pequeñas variaciones que enriquecen los conjuntos y permiten que cada quien manifieste sus propias alternativas para dar cabida a sus necesidades y expresiones particulares.

Sin embargo, no siempre se logra tal continuidad y el legado vernáculo está amenazado por los procesos de globalización que cubren la esfera en todos los órdenes y afectan los valores locales y específicos por la imposición de modelos estereotipados, idealizados por los promotores, los intereses comerciales, la publicidad<sup>1</sup> y los medios de comunicación masiva potenciados por las redes sociales, que han evidenciado el culto a la positividad efectista a través del “me gusta”, que “escenifica una religión de lo pulido, de lo banal; es más, una religión del consumo, al precio de que toda negatividad debe quedar eliminada” (Han, 2019, p. 17). En el campo de la vivienda ocurre un fenómeno particularmente inconveniente, ya que estas estructuras alientan a quienes están en la base de la pirámide social a imitar a los que están por encima, cuyas unidades habitacionales, hechas en su mayoría con tipos arquitectónicos similares, que solo difieren en áreas más generosas y acabados más lujosos, poseen problemas conceptuales muy parecidos. Así, se produce una homogeneización en todos los niveles que entorpece la consolidación de los modos identitarios, la caracterización y la aceptación de los rasgos distintivos.

<sup>1</sup> La publicidad se basa muchas veces en hacer sentir a la gente insatisfecha y descontenta consigo misma, por supuestas carencias y necesidades ficticias.

Como consecuencia del quiebre histórico, se “generan problemas de identidad [por] la ruptura con las viejas tradiciones, a raíz de los procesos de modernización y aculturación” (Klapp, 1973, p. 18), lo que antaño estaba protegido por el aislamiento y la lejanía, como la vivienda, entre muchos elementos culturales, hoy se ve expuesto e invadido por la disolución de fronteras y el acortamiento de las distancias, ya que los tiempos entre lugares se han reducido considerablemente gracias al avance de los sistemas de transporte<sup>2</sup> y de la virtualidad facilitada por la tecnología electrónica. De tal suerte que, hoy la movilidad —física o digital— se facilita y el acceso a lugares incluso remotos es relativamente rápido y corriente, lo mismo que la presencia de personas, instituciones, empresas, servicios, etc., que lleva enormes beneficios, pero también acarrea un fenómeno de validación de modelos exógenos que atraen peligrosamente y debilitan lo singular.

Además, los nuevos jóvenes “carentes de ilusiones que vayan más allá de lo puramente individual [...] solo se sienten vivos cuando activan su deseo desenfocado y ‘mantienen su alma en una especie de agitación incesante que les lleva a cambiar continuamente de proyectos y de lugar’” (Béjar, 1988, p. 57), se movilizan a gran velocidad, mudan de domicilio, trabajo, amigos y parejas sin límites geográficos o viajan digitalmente a través de los dispositivos informáticos, que cada vez son de mayor acceso. Son los nuevos nómadas del siglo XXI. Enajenados, no se aferran a nada, y mantienen una búsqueda febril de experiencias diferentes; sin prudencia, mutan, yuxtaponen, hibridan y mezclan referentes, modelos, ídolos e ideales de cualquier origen, para crear verdaderos engendros culturales, amalgamas y palimpsestos de poca consistencia histórica. Su identidad está labrada en múltiples materiales, está tatuada con sellos delezables que se borran fácilmente sin marcar

<sup>2</sup> En la actualidad, un buen ciclista aficionado cubre fácilmente 40 kilómetros de terreno llano en una hora. En el siglo XVIII se requerían cinco horas para recorrer ese trayecto usando el caballo, que era el único medio de transporte hasta la llegada de la bicicleta (inventada hacia 1817 por Karl Drais). En 1820, en el mismo tiempo se alcanzaba una distancia de 65 kilómetros gracias a los carruajes y a los avances en la ingeniería de caminos, trecho que pasó a 275 en 1860 por la aparición del ferrocarril, y ya hoy se logran 4.750 kilómetros viajando en una aeronave comercial.

rastró. La huella es tan efímera como la brisa instantánea, como el rocío matutino, como los arboles de la tarde. Es una identidad pasajera que “da origen a [...] ‘los alardes exhibicionistas’, la afición por atuendos y adornos, la rebeldía contra los estilos vigentes, la preferencia por los desplantes emotivos más bien que por los resultados prácticos, la adulación a los héroes, la cultofilia” (Klapp, 1973, p. vii). Se crea un bucle en el que no hay causa ni consecuencia; como en una cinta de Moebius, la inestabilidad produce un mundo fluctuante que los lleva a más desequilibrio y así sucesivamente, los efectos y las razones son como una misma superficie que recircula produciendo un estado volátil que no favorece la filiación sólida exigida para una posible identificación. En este sentido, “hoy, el yo es muy pobre en cuanto a formas de expresión estables con las que pudiera identificarse y que le otorgaran una identidad firme” (Han, 2019, p. 26), esto opera en muchos ámbitos de la cultura y afecta los procesos de armonización, como en el caso de la arquitectura; de tal manera, la falta de afinidad arquitectónica es antecedente y resultado, donde las dinámicas y los flujos no se posan de manera estable, sino que recrean con permanencia la vacilante búsqueda de propósitos ilusorios.

Tal situación afecta severamente la identidad cultural de los países menos desarrollados económicamente, empobrecidos, con conflictos bélicos o raciales o con crisis sociales, los cuales son sometidos a una enorme presión cultural, política y financiera ejercida por los países más desarrollados que explotan sus recursos y capacidades e imponen sus modelos, obligándolos a procesos de aculturación que homogeneizan la vida con productos uniformes distribuidos por las compañías multinacionales y las franquicias. La historia prácticamente se borra de tajo y la preservación de las cualidades culturales tradicionales se pone en tela de juicio, deterioro del que el arte y, por lo tanto, la arquitectura no escapan. Así, puede afirmarse que la pérdida de la identidad cultural es un fenómeno universal que cobija en gran medida a la arquitectura, que suele reproducir de manera ingenua e indiscriminada modelos foráneos con estilo internacional para crear edificios de calida-

des muy discutibles en todos los rincones del orbe, que tienden a producir arquitecturas sin consistencia ontológica. Al respecto, el sociólogo estadounidense Orrin Klapp (1973) dice: “mi idea, en cualquier caso, es que los espacios —y acaso también los seudo lugares— nos roban nuestra identidad” (p. 36), de tal forma que las condiciones y los sentimientos de pertenencia a una localidad determinada y los vínculos con el contexto son bastante frágiles y pueden conducir a situaciones de desterritorialización y desarraigo, lo que tiende a agravarse con las migraciones y los desplazamientos debidos al cambio climático, a conflictos y a violencias de diversas raigambres que cada vez son más frecuentes. Esto es particularmente difícil para los grupos humanos que conviven en las ciudades,<sup>3</sup> especialmente en las grandes metrópolis con sus arquitecturas homogeneizadas, ya que una buena parte de ellos residen apretujados, tratando de suplir sus necesidades básicas en habitaciones y dormitorios muy elementales, que, si bien logran brindar el albergue básico de resguardo de la intemperie, se convierten en “no lugares”,<sup>4</sup> vacíos y con poca sustancia cultural, emotiva o simbólica. Así, “el ser humano posmoderno existe en un universo cuyo significado está muy abierto y, al mismo tiempo, carece de fundamento garantizable” (Tarnas, 2008, p. 501), inapropiado para la ineluctable identidad y conducente a estados de desasosiego, sensaciones de soledad y carencias afectivas o emotivas al ver obstaculizado su necesario vínculo emocional con su hábitat.

Pero la uniformidad y la homogeneización no es una característica unitaria para toda la arquitectura, también existe aquella correcta en términos identitarios. Sin embargo, por lo general son proyectos cuyo destino funcional es diferente al de la vivienda, que constituye el músculo principal de la arquitectura por ser el lugar en el que los humanos pasan al menos una

<sup>3</sup> El 55 % de la población habita en ciudades, y para el 2050 el porcentaje se estima en el 70 % (“Desarrollo Urbano. Panorama general”, 2020).

<sup>4</sup> El término “no lugar” es un concepto acuñado por el antropólogo francés Marc Augé en su obra de 1992 *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*, para referirse a un espacio en el cual el ser humano permanece anónimo y no permite la apropiación, sino que establece con él una dinámica de consumo o exclusivamente utilitaria.

tercera parte de su existencia. Centros de arte, aeropuertos, estaciones de ferrocarriles y metros, museos, edificios gubernamentales, locales deportivos, bibliotecas, hoteles o pabellones de exposiciones y complejos de convenciones, son los usos más comunes para los cuales se disponen más recursos y en los que hay tiempo para reflexiones más profundas que pueden incluir la sabiduría popular, el patrimonio histórico, el legado intergeneracional y favorecer la identidad al transmitir las ideas que se han tejido a lo largo de los años para estructurar un determinado conjunto social que lo distingue de otros.<sup>5</sup> Normalmente, este tipo de edificaciones difieren en los procesos proyectuales de los que comúnmente se dan para la vivienda por el hecho de que su cometido no es obtener ganancias en una operación comercial, en cambio, son producto de concursos o son encomendados a prestigiosos despachos; a veces, entre sus objetivos está convertirse en marcas o hitos de referencia de una ciudad, una región o un país y, por lo tanto, pueden hacer alusión a elementos distintivos o incorporar materiales, formas y conceptos tradicionales que se reelaboran y recrean, cosa que no se observa con frecuencia en los proyectos de vivienda, que obedecen más a los patrones globalizados y comerciales que se han comentado. Aun así, también hay algunos ejemplos residenciales que toman distancia y evaden los preceptos escuetos difundidos universalmente,<sup>6</sup> pero, frente al panorama urbano prospectivo, son una minoría los casos de vivienda que acogen amablemente a sus habitantes y permiten una adecuada apropiación porque responden con flexibilidad a los elementos fundamentales de aislamiento, protección, separación, descanso, confort y relación adecuada con lo natural, así como las condiciones espirituales y numinosas, peculiares del hombre, quien

no vive solamente en un puro universo físico, sino en un universo simbólico. El lenguaje, el mito, el

<sup>5</sup> Para citar solo un ejemplo, puede verse el museo Louvre Abu Dhabi, diseño del francés Jean Nouvel e inaugurado en 2017.

<sup>6</sup> Un excepcional proyecto de vivienda que se destaca por su sabia respuesta contextual y que puede considerarse paradigma de la identidad arquitectónica colombiana es el conjunto Residencias El Parque diseñado por Rogelio Salmona entre 1965 y 1970, ubicado en el barrio La Macarena en Bogotá.

arte y la religión constituyen partes de este universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana (Cassirer, 1976, p. 47).

Podría afirmarse que estos inusuales y contados casos son parte, intencionadamente o no, del movimiento intelectual que se presentó en los círculos cultos de la arquitectura en la década de los ochenta, que se conoció como el regionalismo crítico,<sup>7</sup> y que pretendió llamar la atención sobre la necesidad de acometer una intención localista en la que los proyectos establecieran una postura entre la identidad y la relación con el emplazamiento de su ubicación; de tal manera, el diseñador debía asumir una interpretación analítica, no mimética ni literal, sobre las condiciones del contexto de la obra para tratar de integrar los elementos vernáculos y tradicionales de la arquitectura local recreados en los nuevos proyectos. En medio de la denominada arquitectura posmodernista —difundida en el mundo por esa época—, de características un tanto kitsch y caricaturizada, el arquitecto inglés Kenneth Frampton (1983a y 1983b), y otros teóricos, defendieron la idea del regionalismo crítico como una actitud honesta que va más allá de las apariencias en la piel de la arquitectura para componer edificios con elementos y sistemas espaciales que retoman lo que popularmente se ha establecido a través de los años en un lugar, se ha transmitido de generación en generación y hace parte de la memoria colectiva al solucionar los problemas concretos y específicos de una población determinada, afincada en un sitio con condiciones únicas y con recursos propios de ese mismo entorno. Así, esta postura conceptual produce arquitecturas que propician experiencias estéticas positivas,<sup>8</sup> entendidas

<sup>7</sup> El término, basado en las ideas del historiador estadounidense Lewis Mumford (1895-1990), fue utilizado por primera vez en 1981 por los teóricos de la arquitectura Alexander Tzonis (Grecia, 1937) y su esposa Liane Lefaivre (Canadá) en “The Grid and the Pathway” texto publicado en la revista *Architecture in Greece*.

<sup>8</sup> “La dimensión estética es una propiedad relacional y no una propiedad del objeto” (Schaeffer, 2005, p. 34) que determina comportamientos de discriminación cognitiva relacionada con la satisfacción o no de una necesidad, y que lleva a su vez a una disposición afectiva frente a los estímulos que se perciben.

como una reacción eficaz, auténtica y afirmativa, de carácter automática, a lo que se percibe en los espacios y cuya sensibilidad genera estados de tranquilidad y afinidad, y por lo tanto de identificación.

Ahora bien, si la identidad es lo que nos diferencia, ¿se podrá hablar de identidad en la arquitectura doméstica globalizada? En un mundo en el que los modelos financieros obligan la unanimidad de los habitáculos para vivir y lo común es que los tipos arquitectónicos se impongan independientemente de los contextos, es poco probable que la respuesta a esta pregunta sea afirmativa. Por otro lado, la casa individual aislada, aunque es un arquetipo universal que pulsa como sueño en muchos, es una especie en vías de extinción e inalcanzable para la mayoría; paradójicamente, solo los más ricos o los más pobres viven en este tipo de residencia, donde la identidad tal vez pueda manifestarse formal y espacialmente con mayor facilidad como representación de los hábitos. Pero para una gran proporción de los habitantes de este planeta su lugar de vivienda se limita a un apartamento que hace parte de una torre multifamiliar,<sup>9</sup> dentro de la cual hay poca probabilidad de distinción y los vínculos afectivos con el espacio y el lugar se dificultan. “La sobreposición de apartamentos idénticos el uno al otro parece, de hecho, excluir la posibilidad de una casa imagen del Yo, como personalidad única y diferenciada” (Coppola, 2004, p. 168), el ámbito doméstico se reduce a una célula anónima componente de un organismo mayor: el edificio, también de características clonadas, que a su vez hace parte constitutiva de otra entidad de más complejidad: la ciudad, hecha en su mayor parte con edificaciones de dudoso valor e identidad porque se implantan de manera ajena a los deseos, las ideas, las preferencias, los intereses y las creencias de los lugareños.

<sup>9</sup> En 2005, el 68,68 % de los colombianos vivían en casas y el 24,81 % en apartamentos; en 2018 los datos fueron 61,53 % y 32,75 % (DANE, 2018). En Chile, el 7 % de los hogares habitaba apartamentos en 1970, en 2018 era el 12,6 % y en el 2021 el 17,5 % (Sepúlveda, 2018). En Nueva Zelanda el 75 % de la población vivía en casas en 1997 y en 2018 el 64 % (“La ciudad en la que cientos de miles pagan por vivir en jaulas”, 2018). Según la Oficina Europea de Estadística (Eurostat), el porcentaje de residentes en apartamentos en la Unión Europea en 2019 era de 42 % (Merino, 2021).

Tal situación de desfalco es calcomanía de la velocidad con la cual la cultura occidental ha ido reemplazando los tipos arquitectónicos rápidamente desde el siglo XVIII, no solo los que dan cabida a la vivienda, sino a casi todos los usos. Nótese, por ejemplo, que para el caso de los países latinoamericanos el tipo arquitectónico doméstico articulado por patios, que se había establecido desde la Colonia y que se cualificó durante el período republicano, se cambió por el tipo moderno basado en la composición abstracta de geometrías cúbicas; el patio, que además es un elemento arquitectónico producto de la evolución pausada durante muchos años del orificio que se abrió en las viviendas para la salida de los humos, y que con el paso del tiempo adquirió el simbolismo religioso de conexión con el cielo —que el ser humano relaciona con el ámbito espiritual y el lugar de lo divino—, desapareció de un momento a otro por la adopción del modelo arquitectónico racionalista moderno que borra del mundo íntimo esa posibilidad simbólica de lazo con lo celeste y por lo tanto elimina el carácter “religioso” de la vivienda.

Esta quimera de los cambios acelerados en los tipos arquitectónicos se extiende a todos los resquicios culturales, ideológicos, políticos y sociales. Basta una mirada detenida a la historia para ver que la evolución del hombre se ha hecho durante miles de años de manera lenta, y que incluso su cuerpo biológico es prácticamente el mismo de los antepasados de hace unos 40.000 años, que erraban a la caza de grandes mamíferos (Leroi-Gourhan, 1971, p. 388). La dinámica apresurada de transformación y cambio de todas las esferas culturales y de sus productos, como la arquitectura,

produce un nuevo paisaje emocional de reacciones primarias y breves ante lo que nos muestra la lisa y frígida pantalla. Pero al mismo tiempo, se multiplican las posibilidades de los propios cuerpos y sus subjetividades, expandiendo las nociones de género y raza (Zafra y Lovink, 2021),

olvidando las condiciones arraigadas en la genética y que hace humano al *homo sapiens sapiens*, como su

conciencia y la necesidad de afirmarse como único y de tener su propia identidad, que ha de trasladar a todos sus artefactos, útiles y símbolos. Entre ellos están, obviamente, los arquitectónicos, y, sobre todo, su casa, su *axis mundo*, su cofre doméstico: el hogar, que desde una perspectiva junguiana<sup>10</sup> es una especie de imagen de la psique y “se convierte en representación del Yo, es decir, asume significados inconscientes y simbólicos” (Coppola, 2004. p. 30) relativos a los valores de la cultura citadina. En la contemporaneidad, estos significados adquieren distintos rostros: el de mercancía, el de refugio, el de retiro, el de escape, el de cápsula, y producen paisajes urbanos deshumanizados en los cuales es común encontrar efectos de indiferencia, donde la posibilidad de materializar el anhelo de un universo doméstico afable y que soporte la necesidad individual de verse, sentirse y ser visto como persona única o grupo singular que encuentra cómodo y seguro su hábitat, se dificulta.

Esto es aún menos factible cuando los estándares dimensionales y la reducción de las áreas en las unidades de vivienda de los multifamiliares llegan a toques inéditos como en los denominados microapartamentos, que, con áreas entre 18 y 30 metros cuadrados, ya son relativamente comunes en ciudades como Buenos Aires, Tokio, Nueva York o San Pablo, donde hay casos extremos que llegan a 10 metros cuadrados (Barría, 2019). Estos proyectos tienen su principal antecedente en las viviendas cápsula que los metabolistas japoneses proyectaron el siglo pasado, cuyo ícono más conocido es la Torre Nakagin Capsule diseñada por Kisho Kurokawa en 1972 y construida en Tokio, que hoy se aplica con cierta frecuencia, especialmente para hoteles. La idea inicial de estos proyectos era dar una respuesta a los altos costos, la densidad poblacional y la expansión urbana, pero hoy también aluden a la economía compartida, al trabajo independiente y a la reducción de la cantidad de miembros de los hogares. Un caso aberrante de estas tendencias reductivas se da en Hong Kong con las

<sup>10</sup> El término hace referencia al médico, psicólogo y psiquiatra suizo Carl Gustav Jung, fundador de la corriente analítica del psicoanálisis, cuyos estudios y teorías se basan en gran medida en el carácter simbólico del ser humano y en las conexiones entre la mente, el subconsciente y la cultura.

denominadas “casas ataúd” que oscilan entre 1,5 y 9 metros cuadrados en apartamentos subdivididos ilegalmente con mallas metálicas donde viven unas 200.000 personas (Stacke, 2017) constituyendo enjambres que anulan la vida misma. Ni las más lujosas de estas miniviviendas, que pueden costar alrededor de cuarenta mil dólares, ni mucho menos las degradantes celdas orientales, cuyo alquiler mensual es de unos doscientos dólares, cumplen con las condiciones esenciales de lo que debe ser el recinto doméstico para asegurar el establecimiento de un lugar en el mundo acorde con las necesidades de identidad del yo, porque la intimidad es un cosmos irreductible a un estuche minimalista.

Y aunque estos ejemplos son extremos, la disminución de las áreas es un propósito común en el diseño de las viviendas, incluso en las destinadas a las clases altas, aspecto que cobra mayor relevancia en las torres multifamiliares en las que la reducción hace parte del conjunto de características que no favorecen la identidad, ya que, aunque un bloque se puede distinguir cosméticamente de los demás por la composición de su volumetría, por la geometría utilizada, por los materiales empleados o por algunos detalles menores, por lo general son todas tan semejantes que sus diferencias se pasan por alto. Tal similitud se debe, sobre todo, a la interpretación que los proyectistas hacen de las normas urbanísticas y los índices de construcción y ocupación de los predios, que llevan a resultados sumamente parecidos, ya que la presión de la plusvalía urbana exige que los proyectos de vivienda obtengan el mayor rendimiento factible de los lotes, con el número máximo de unidades sumo y al menor costo posible con el fin de obtener las mayúsculas ganancias. Esto conduce irremediamente a la mencionada reducción dimensional, así como al uso de sistemas technoconstructivos universalizados basados en la eficiencia, la racionalización y el rendimiento financiero, lo cual contribuye con la situación generalizada de pérdida de calidad en la arquitectura doméstica, ya que “pudiéramos afirmar que la tecnología ha sido mucho más eficaz para borrar símbolos que para forjarlos” (Klapp, 1973, p. ix), pues la mayoría de los métodos, mecanismos y proce-

sos involucrados en la edificación de la vivienda en la actualidad se usan sin distinciones culturales ni de condiciones sociales o económicas, con una masificación sin precedentes, olvidando la particularización necesaria para lograr un mundo con el sentido trascendente que caracteriza al humano.

De forma similar, los sistemas espaciales de las viviendas que componen las torres en mención también resultan ser prácticamente iguales, los esquemas de referencia y los valores que persiguen no cambian, tipificando al usuario, implantando modos de ocupación y uso del espacio que se alejan de las peculiaridades inherentes de cada núcleo familiar, lo que obstaculiza una adecuada apropiación y una identificación arquitectónica. Lo que termina ocurriendo entonces es que la identidad pasa a un plano superficial y se limita a la decoración, al amoblamiento y, en el mejor de los casos, a algunos cambios interiores, al derribar o levantar uno que otro tabique, instalar una baldosa particular, añadir un enchape nuevo o unir un par de estancias. Una deriva de esta actitud conduce a un exhibicionismo que privilegia el tener y no el ser, por lo que la pregunta básica de la construcción de identidad de ¿quién soy? se reemplaza por el frívolo cuestionamiento de ¿qué tengo?

Más allá de estos aspectos superficiales y del cambio o la modificación de los elementos arquitectónicos (pisos, muros, rejas, barandas, mesones, aparatos sanitarios, etc.) hay que entender que lo que realmente permite una identidad arquitectónica es la identificación y la similitud entre el contenido y el contenedor, pues

la forma de la habitación es para nosotros un trazo del contenido de la vida de los individuos y de su modo de vivir asociado. Esta constituye un espejo en el cual se pueden leer las costumbres y las relaciones humanas que sucedieron en las diferentes épocas (Coppola, 2004, p. 23).

De esta manera, los recintos y escenarios de la vivienda, como contenedores de prácticas, deberían amoldarse a los deseos y las necesidades de quienes los habitan. Ese contenido además cambia, porque el ser humano

está en permanente transformación, aunque sus estructuras psíquicas profundas sean muy estables. La vida es dinámica y, de tal manera, la casa —como concepto general— debería ser lo suficientemente flexible para absorber los avatares del tiempo, la llegada de los hijos, la partida de alguien, el descubrimiento de una nueva pasión, la aparición de la vejez, la emergencia de la enfermedad, la visita de la parca.

Infortunadamente, esto ocurre pocas veces en la mayoría de las edificaciones destinadas a la vivienda, especialmente las que se alzan en altura, en las que la individualidad no hace presencia y en cuyos cubículos se aparta de lo importante, como los elementos naturales, el suelo y el cielo, en cambio no se logra alejar lo indeseado: la mirada indiscreta, el ruido y los olores de los vecinos y del entorno. Aunque obviamente estos apartamentos brindan un cobijo que permite subsistir, su racionalización no favorece el disfrute de la experiencia existencial con los parientes o los amigos, ni facilitan los procesos de identificación y afirmación. Parece que no hubiera pasado el tiempo desde que el filósofo alemán Martin Heidegger,<sup>11</sup> en su conferencia de 1951 “...poéticamente, habita el hombre...”,<sup>12</sup> luego de la devastación de las viviendas por la Segunda Guerra Mundial en Alemania, cuestionaba el tranquilizador y reconfortante ambiente de la reconstrucción por el hecho de garantizar el hospedaje, la funcionalidad, los precios económicos y los ambientes sanos con ventilación y luz naturales, pero sin la posibilidad de establecer un “habitar” apto, en el sentido de que:

1) Construir es propiamente morar. 2) El morar es la manera como los mortales están sobre la tierra. 3) El construir como morar se desarrolla en un construir que cuida, a saber, el crecimiento; y en un construir que erige edificios (Heidegger, 1995, p. 9).

<sup>11</sup> Además de hacer importantes contribuciones a la historia, la teología y la fenomenología, ha influido notablemente en la teoría arquitectónica por sus reflexiones sobre la existencia del ser, el arte, el tiempo, el habitar y las nociones amplias de espacio.

<sup>12</sup> La disertación se basó en un poema del también alemán Friedrich Hölderlin que incluye la frase, cuyo verso completo es: “Pleno de méritos, sin embargo poéticamente habita / El hombre en esta Tierra”.

Para volver la vista a estas condiciones propuestas por Heidegger, tal vez hay que retomar las redes tejidas entre las arquitecturas tradicionales domésticas y sus habitantes, y reestablecer la connotación trascendental de la vivienda asociada al mito de la creación, que se concreta en el hecho fundacional, en la elección del emplazamiento y en la construcción misma del albergue, para incorporar el sentido heideggeriano del cuidado por lo que emerge o brota de la Tierra —como lo que se cultiva o se construye—, que se establece al amparo de las estrellas —como representación del universo superior—, es decir, con la necesidad de que el hogar debe tener relación directa con el cielo para convertirse en artefacto conector de abscisas temporales —pasado, presente y futuro—, como una especie de ombligo cósmico que une dimensiones y consolida alianzas que permiten la identidad. Se trata de traer de nuevo al recinto doméstico la noción de estar en el mundo a la espera del futuro espiritual, dándole sentido a la permanencia efímera del hombre en el globo. Otro aspecto que vale la pena considerar para la vivienda contemporánea es que en estas edificaciones tradicionales los cambios operan muy lentamente, las nuevas viviendas se levantan basadas en las experiencias del pasado con esquemas, técnicas y detalles que establecían fenómenos de continuidad para incluir relaciones armónicas con el entorno, estrategias sostenibles y respuestas adecuadas a las necesidades de uso y sentido, lo que otorga un orden decantado para la vida íntima que permite identidad a sus habitantes, pues “la *privacidad* queda así definida como un espacio de soberanía individual” (Béjar, 1988, p. 16).

En ese imperio de la individualidad no es viable lograr la identidad sin la posibilidad de identificación con el recinto doméstico, porque tal identidad se logra en el momento en el que se es consciente de lo que se es y en el espacio que se habita, puesto que “el hecho de que estemos permanentemente encontrándonos y corporizándonos implica que estemos acogiendo las sensibilidades y los sentimientos del lugar que moramos” (Giraldo y Toro, 2020, p. 77). Por eso, morar supera el habitar, porque traspasa los hábitos y se aferra al

significado que se deriva del uso práctico. El espacio doméstico adquiere un sentido real cuando se pierden los límites entre el yo y el objeto arquitectónico, tal como ocurre con los útiles o el vestido, que delatan a su dueño y exhiben lo que es por la similitud con sus condiciones psicológicas, sus valores y creencias. Así como el traje debe ser a la medida del modelo, sin excesos ni defectos, para ocultar lo inmostrable y generar una imagen elocuente, el espacio doméstico debe ser la carta de presentación de sus residentes y no un atuendo inapropiado.

De tal manera, la vivienda, como la piel —que registra la historia, los rastros, las trazas, las marcas, las cicatrices y los rasguños—, debe estar alejada de las modas efímeras o de la publicitada innovación que responde a necesidades creadas o se afana en atractivos seductores. Nada más contraproducente para la identidad arquitectónica. La búsqueda ingenua de esquemas espaciales que rompen con el sentido profundo de lo doméstico inhabilita la identificación con el lugar de los secretos y de lo íntimo, y “la verdad es que estos proyectos urbanísticos [...] no pasan de ser pseudo viviendas hábilmente calculadas” (Klapp, 1973, p. 406) que no generan un entorno propicio para ser desde lo profundo y lo esencial, mientras se engolosinan con lo aparente al confundir lo bello con lo bueno como una falsa ilusión y al confirmar que “el sujeto de la modernidad, al fortalecerse, hace de lo bello algo positivo convirtiéndolo en objeto de agrado” (Han, 2019, p. 29) que evade la conmoción para situarse en la complacencia, por eso el asombro o el horror no son categorías estéticas comunes en la actualidad.

No obstante, no se trata de acudir a actitudes románticas o nostálgicas. No es posible ni deseable. Lo peor sería remedar el pasado, hacer parodias o pastiches historicistas porque la arquitectura debe hablar de su tiempo, debe portar el mensaje de la cultura que la produce. Tampoco puede pensarse que los casi ocho mil millones de habitantes del planeta, de los cuales, según las Naciones Unidas, uno de cada tres vivirán en ciudades de al menos quinientas mil personas en 2030, residan

en el sueño idílico de una parcela en la que se instala una casa que recrea el rostro humano, rodeada de naturaleza, donde no hay que dar ninguna explicación de los actos a nadie; porque, aunque esta imagen llena de emoción al transmitir un sentimiento de plenitud con el cual identificarse, no es viable y al mismo tiempo podría considerarse como una fantasía escapista, que en ocasiones da lugar a urbanizaciones elitistas en suburbios que extienden el territorio urbano destruyendo extensas zonas naturales e intensificando la dependencia del automóvil, con otros múltiples efectos: mayor gasto de energía, más contaminación, más tiempo en los desplazamientos y más necesidades de inversión en redes de servicios públicos, carreteras e infraestructuras.

Hay que apuntar a la creación de soportes domésticos que resuelvan las necesidades ancestrales para la vida, incluso en el aparente mundo arreligioso, porque en lo profundo de su ser, el humano es numinoso por naturaleza. Los nichos para vivir han de ocuparse de las razones por las cuales apareció la arquitectura, que siguen siendo las mismas, aunque con diferentes condiciones: protección, defensa y aislamiento; tal vez los enemigos han cambiado de cara, pero las amenazas persisten, la invasión virtual a la privacidad, por ejemplo, es tal vez hoy el mayor peligro para la vivienda. Estos rincones de recogimiento también deben comprender los lentos procesos de su transformación histórica a lo largo de muchos siglos: la especialización de recintos, la isotermización del espacio, la higienización y la limpieza corporal, la evolución del fuego, los cambios en el lecho y la conquista del mundo en conexión con lo invisible, porque “el mundo no existe como cosa en sí, con independencia de la interpretación; más bien accede al ser solo en y a través de interpretaciones” (Tarnas, 2008, p. 500). Esta podría ser una posible vía de cualificación de la arquitectura doméstica y probablemente de recuperación de la identidad para fortalecer el sentido de pertenencia social que genera cuidado, preservación y respeto por el entorno y por los demás, asunto prioritario ante el devastador agotamiento de los recursos naturales, la contaminación y el consecuente cambio climático.

Menos se trata aún de establecer el mundo de las diferencias, en el que cada edificación se destaque a como dé lugar acudiendo a lenguajes y formas desmedidas, porque el espacio doméstico requiere ser incógnito para poder recluir en su interior la intimidad, y necesita evadirse y ocultarse. Un paisaje urbano en el que cada edificio rompa con los demás y tome como propia la noción de lo único y superior sería invivible y atosigaría a sus habitantes. De hecho, en la unidad, propia de muchos pueblos o pequeñas ciudades tradicionales, se conforma un conjunto particular, distinguible de otros asentamientos, con características propias y relativas a la geografía como expresión cultural que defiende los pensamientos que hay detrás de lo sensible y favorece la identidad de sus habitantes. La arquitectura doméstica que alcanza las virtudes de lo sencillo y lo profundo se hace cómoda, moldea conexiones emotivas, brinda seguridad e invita a la permanencia, porque el que se siente bien no se quiere marchar y enraíza.

Debe tenerse en cuenta que, a diferencia de los cambios permanentes que caracterizan la cultura actual, la arquitectura en general, y la doméstica entre ella, se ha concebido para permanecer por mucho tiempo, era común, por ejemplo, que la casa fuera heredada durante varias generaciones y su pérdida se consideraba como una afrenta al honor familiar.<sup>13</sup> Hoy, en cambio, la insatisfacción y la crisis de identificación con la vivienda, sumadas a las tendencias generalizadas de movilidad, llevan a mudanzas permanentes. No obstante, las posibilidades de cambio son limitadas para la mayoría. Quizá los más adinerados puedan moverse y rotar su domicilio con cierta frecuencia, aunque con otras consecuencias en los procesos psicológicos, que se dan para la adaptación a condiciones ambientales diferentes, pues un entorno nuevo produce temor e incertidumbre, lo que también está en contravía de la identidad. Además, lo común es que para los menos favorecidos la elección de la vivienda tenga pocas alternativas, bien sea adquirida por los propios medios o asignada por alguna entidad. En todo caso, la oferta

<sup>13</sup> Etimológicamente la raíz indoeuropea “dom”, del término “doméstico”, designaba a la familia de tres generaciones.

del mercado inmobiliario generalmente es muy corta, pues como se ha dicho, en su esencia, los diseños son muy parecidos, al menos dentro de los rangos de precios asequibles a cada estrato social de acuerdo con su capacidad económica. Como se puede notar, el panorama es poco alentador, y en términos de la identidad, se mantiene la tendencia a su pérdida, ya que “la infelicidad colectiva puede influir más en la imagen que los sujetos forman de sí mismos que toda la política y toda la economía” (Klapp, 1973, p. 5), no es casual que el individuo urbano de hoy sea egocéntrico, vanidoso, individualista y consumista, pues si su autoimagen es frágil, la angustia, el temor y el desasosiego le obligan a llenar el vacío a como dé lugar.

Por eso es imperiosa la toma de conciencia para reconducir el futuro de la vivienda, pues, sin duda, la homogeneidad de la arquitectura doméstica conduce a un conflicto de identidad, ya que si el ser debe identificarse con algo es con su espacio de residencia, porque “son los territorios los que hacen al habitante. La historia es siempre la historia de cómo las personas pueblan los espacios, de cómo inventan sus hábitats” (Giraldo y Toro, 2020, p. 106); en caso contrario, hay un agrietamiento en el sentido vital cuya ruptura condiciona la identidad. Puede pensarse que la actual crisis generalizada tiene mucho que ver con esta imposibilidad de identidad arquitectónica y que varios de los síntomas que Klapp (1973) enuncia del problema de identidad se manifiesten, o estén relacionados, con las características del espacio doméstico globalizado: 1) deformidad, 2) odio hacia sí mismo, 3) hipersensibilidad —o intolerancia—, 4) preocupación desmedida por uno mismo, 5) sentimiento de enajenación, 6) sensación de subvaloración, 7) añoranza de ser otro o nostalgia, 8) sentimiento de estar representando un papel en la vida, 9) aliocentrismo,<sup>14</sup> 10) inseguridad, 11) dilema moral y 12) angustia por no percibir amenazas (p. 15). Urge repensar los ambientes de lo íntimo y abrir espacio

<sup>14</sup> El autor utiliza el término para referirse a una “efusión al exterior [...] virtud camaleonesca para cambiar de estilo, de actitudes y de color; o como una complacencia esnobista y vana de cultivar el propio yo; o como un ‘andar de coleccionista’ de credos y de cultos” (Klapp, 1973, p. 15).

vitalizado para intentar llenar la hoquedad, porque la “penuria de la vivienda es en realidad una falta de hogar, de lugar donde sentirnos en casa y elaborar nuestra identidad personal y nuestro arraigo colectivo” (Pinilla, 2005, p. 34).

Tal como ocurre con los individuos de cualquier especie animal o vegetal, que tienen características esenciales comunes y pequeños rasgos que los hacen diferentes a sus demás congéneres, la arquitectura habitacional necesita recuperar sus raíces naturales porque, infortunadamente, “la evolución de la mentalidad occidental ha sido siempre impelida por un impulso heroico a forjar una identidad humana racional y autónoma, separándola de su unidad primordial con la naturaleza” (Tarnas, 2008, p. 554). La vivienda debe tener el extracto de la domesticidad para permitir la identificación en conexión con el espíritu que le brinda poder simbólico a la realidad. Por eso el hogar es sagrado, porque contiene el dogma de unión divina para “re-ligar”, “re-unir”, “re-establecer”. Solo de tal manera, “la casa” tendrá sentido de filiación y reconocimiento de lo que se es, al determinar la identidad en concordancia con la existencia, al encontrar un significado y dejar de ser un espejismo.

## Referencias

Barría, C. (1 de julio de 2019). Por qué proliferan los increíblemente minúsculos apartamentos en América Latina (tan pequeños como un estacionamiento). *BBC News*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-48763539>.

Béjar, H. (1988). *El ámbito íntimo (Privacidad, individualismo y modernidad)*. Alianza Editorial.

Cassirer, E. (1976). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. Fondo de Cultura Económica.

Coppola, O. (2004). *Análisis y diseño de los espacios que habitamos*. Pax México.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) (2018). Boletín del Censo General 2018. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/censo-nacional-de-poblacion-y-vivenda-2018/como-vivimos>.

Desarrollo Urbano. Panorama general (2020). *Banco Mundial*. <https://www.bancomundial.org/es/topic/urbandevelopment/overview#1>.

Frampton, K. (1983a). Prospects for a critical regionalism. [https://marywoodarchtheory.files.wordpress.com/2013/10/prospects-for-a-critical-regionalism\\_kenneth-frampton.pdf](https://marywoodarchtheory.files.wordpress.com/2013/10/prospects-for-a-critical-regionalism_kenneth-frampton.pdf).

Frampton, K. (1983b). Hacia un regionalismo crítico: seis puntos para una arquitectura de resistencia. <https://bibliodarq.files.wordpress.com>.

Giraldo, O. y Toro, I. (2020). *Afectividad ambiental: sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. El Colegio de la Frontera Sur / Universidad Veracruzana.

Han, B. (2019). *La salvación de lo bello*. Herder.

Heidegger, M. (1995). Martín Heidegger dice... construir, morar, pensar. *Morar*, 1(1), 7-14.

Klapp, O. (1973). *La identidad: problema de masas*. Pax México.

La ciudad en la que cientos de miles pagan por vivir en jaulas (10 de marzo de 2018). *BBC News*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-43348043>.

Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Universidad Central de Venezuela.

Merino, Á. (27 de julio de 2021). ¿Dónde viven los europeos? Porcentaje de la población que vive en una casa, un piso u otro tipo de hogar (2019). <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/personas-viven-piso-casa-union-europea/>.

Pinilla, R. (2005). Vivienda, casa, hogar: las contribuciones de la filosofía al problema del habitar. *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*, (138), 13-40.

Schaeffer, J. (2005). *Adiós a la estética*. Machado Libros.

Sepúlveda, P. (27 de mayo de 2018). En Chile ya hay más de un millón de departamentos y son el 17 % de los hogares. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/tendencias/noticia/chile-ya-mas-millon-departamentos-17-los-hogares/181244/>.

Stacke, S. (9 de noviembre de 2017). Así son las “casas ataúd” donde viven 200.000 personas en Hong Kong. *National Geographic*. <https://www.nationalgeographic.es/historia/2017/07/asi-son-las-casas-ataud-donde-viven-200000-personas-en-hong-kong>.

Tarnas, R. (2008). *La pasión de la mente occidental*. Atalanta.

Zafra, R. y Lovink, G. (2021). *Super superlike. Impulsos digitales y emotividad virtual* [catálogo de la exposición]. Centro de Cultura Contemporánea Conde Duque, Madrid, España.